



¿Y si saltaba?

Estaba parada al borde de un acantilado escarpado, a la merced de este reino, retorciendo los dedos de mis pies descalzos sobre la tierra. Una fuerte ráfaga de viento podría empujarme hacia adelante o hacia atrás. El más leve temblor de la tierra y caería.

O volaría.

¿Y si saltaba? ¿A alguien le importaría?

No. Yo no. No la princesa inadecuada de Quentis.

Doce metros abajo, las olas rompían contra el muro de rocas grises y el agua salpicaba su espuma blanca en todas direcciones. Quería saltar. Quería hundirme en ese océano azul. Quería liberarme de las expectativas de los demás solo por un bendito momento.

Pero si lo hacía, llegaría tarde. Y si llegaba tarde, estaría hundida en la mierda.

Margot me haría la vida imposible si faltaba a la reunión con los guerreros turanos que papá había invitado a Quentis, así que no saltaría. Mucho menos en este día.

Me alejé de la cornisa. De la tentación.

Aunque la realidad era que no me necesitaban para toda esta parafernalia. Mae se encargaría de embelesar a nuestros invitados.

Ella era la verdadera princesa de Quentis.

Mi media hermana había sido presionada durante toda su vida para

esta ocasión. Esta actuación. Tarde o temprano, ella sería la reina de Turah y este día era su oportunidad de aprender sobre algunos temas futuros antes de casarse con el príncipe heredero más tarde este año.

Pero ¿mi asistencia? Completamente innecesaria.

De todos modos, me esforcé mucho para no hacer enfadar a mi madrastra, Margot... y a mi padre. Quizás no fuera su hija favorita o la princesa más querida, pero tenía una corona en el cuarto. Y este día era para mostrarles a los turanos lo brillantes que podían ser nuestras coronas.

Dejé caer los hombros cuando me alejé otro paso del acantilado, y luego otro más, mientras mis pies se hundían en el césped y me acercaban a las zapatillas gris oscuro que me había quitado más temprano. Sin embargo, antes de calzarme, el estruendo de unas pisadas de caballo me hizo voltear hacia el camino.

El sonido se volvió más fuerte y entendí que, sin duda alguna, un jinete estaba acercándose en mi dirección, probablemente buscándome.

–Maldición.

¿Estaba llegando tarde?

Margot había hablado sin parar durante el desayuno sobre los eventos del día antes de la presentación ante los turanos, pero apenas la había escuchado.

Los guerreros habían llegado tarde el día anterior, pasado el anochecer. El grupo de élite no había asistido a la cena ni a las reuniones. ¿A propósito? Era probable.

No los culpaba. Tampoco podía juzgarlos por no haber abandonado el ala del castillo en donde se estaban quedando, ya fuera para descansar luego de su viaje por el Krisenth o para evitar la pomposidad de la realeza. Pero, quisieran o no, habría un espectáculo. Y sería el momento de Mae para brillar.

Mientras los turanos hacían lo que fuera que hacían cuando visitaban otros reinos, las criadas estaban terminando de preparar a Mae.

Mae recibiría un baño y la consentirían. Mae disfrutaría un masaje con aceites aromáticos y tratarían su piel con los más finos tónicos de todo el continente. Mae usaría un vestido que su costurera había pasado un mes confeccionando especialmente para el banquete de esta noche.

Mae. Todo giraba en torno a Mae.

Dudaba mucho que a los hombres les importara el bordado o el encaje de su vestido, pero ¿qué iba a saber yo? Ella sería su futura reina, no yo. Mi única obligación era estar presente.

A tiempo.

En la letanía de instrucciones de Margot durante el desayuno, estaba la única vez que había mencionado mi nombre.

“No llegues tarde, Odessa”.

No llegaba tarde siempre. Algunas veces, pero no siempre. Y la mitad de las veces, nadie lo notaba.

Me puse una de mis zapatillas y, haciendo a un lado mi vestido largo, rápidamente me puse la otra. Ya estaba calzada cuando el jinete apareció por la colina y avanzó hacia el acantilado.

Banner estaba en toda su gloria sobre la montura. Su cabello castaño claro corto estaba peinado sin ningún mechón fuera de lugar y su expresión lucía vacía.

¿Era un vacío bueno? ¿O significaba que estaba en problemas porque mi prometido había abandonado sus responsabilidades como general para venir a buscarme?

Banner tiró de las riendas y el semental se detuvo. Con gran habilidad, se bajó de la montura y acercó su caballo a mí con paso firme e intimidante.

–Princesa –dijo con seriedad, mientras sus ojos castaños no se apartaban de los míos. A pesar de su austeridad, una sonrisa amenazaba con aparecer desde la comisura de sus labios.

–Ya estaba volviendo. –Levanté una mano–. Lo juro.

–¿Lo decidiste antes o después de que me escucharas venir?
–Arqueó una ceja–. Llegarás tarde.

Llegarás tarde. Lo que significa que no estaba llegando tarde todavía. *Uff.*

–Prometo llegar a tiempo –dije–. No tenías que venir a buscarme.

–De hecho, salí a pasear.

–Ah.

Entonces quizás eso significaba que nadie sabía que había salido del castillo. Podría regresar sin que nadie lo notara y cambiarme la ropa a toda prisa.

Banner ya tenía puesto su uniforme formal para la reunión. Los botones dorados de su saco aguamarina eran tan brillantes como los chapiteles del castillo en la distancia. Llevaba sus cuchillos favoritos en su cinturón de cuero. Papá estaría usando prácticamente el mismo uniforme, aunque él prefería una espada. El vestido de Mae para esta noche había sido diseñado en distintos tonos de aguamarina y celeste. Margot probablemente usaría su azul insignia.

Mi vestido, al igual que todos mis vestidos, sería gris.

Algún día, cuando Margot no estuviera a cargo de mi guardarropas y mi papá no me mirara con desdén durante cada comida, usaría rojo. O verde. O negro. O amarillo.

Cualquier color menos gris.

–Sabes, puedes espiar la ciudad desde la ventana de tu cuarto en lugar de caminar hasta aquí –dijo Banner.

–Pero desde aquí tengo una mejor vista.

La luz del sol atrapaba los rayos ámbar de sus ojos, un color vívido en contraste con el castaño de sus iris. Esos rayos ámbar marcaban a todas las personas que nacían en Quentis.

Su mirada deambuló hacia el castillo detrás de nosotros y luego se posó sobre la ciudad que se extendía por la costa junto a este acantilado.

Los edificios blancos de Roslo prácticamente brillaban a la luz del atardecer. Las calles de la capital estaban repletas de personas y carros. Había numerosos barcos en los muelles y las aguas calmas de la bahía eran de un color aguamarina que resplandecía bajo los rayos de luz brillantes. Las banderas de Quentis del mismo color aguamarina se mecían al viento en las torres del castillo, la más larga de todas con el emblema real bordado: una ballesta envuelta en hojas y tallos de trigo.

Papá consideraba que la vista del balcón de su sala del trono era inigualable, pero yo prefería ver mi ciudad desde este lugar.

El castillo era mi hogar, pero este acantilado era mi santuario. Este era el único lugar en donde el aire no estaba saturado de juicios y no había guardias parados en cada rincón, listos para informarle mis errores a Margot.

Desde este lugar, podía sentir la sal que brotaba del agua. El aroma de los alimentos y las especias que traía el viento desde los mercados en la plaza. En los días calmos como este, podía escuchar los sonidos del muelle y el clamor de las calles. Cuando tenía tiempo, traía un diario y dibujaba las distintas vistas.

La mirada de Banner se detuvo sobre tres barcos de madera atracados en la bahía, sus velas verdes oscuras eran un leve contraste con los detalles aguamarina de la flota de Quentis.

–¿Los has visto? –pregunté–. ¿A los turanos?

–Todavía no. Pero acabo de reunirme con tu padre. –Tensó la mandíbula–. Me informó que el Guardián vino con ellos.

–El Guardián –repetí, quedándome boquiabierta mientras se me hacía un nudo en el estómago–. *El* Guardián. ¿Está aquí? ¿En Roslo?

–Eso parece –contestó Banner con la voz entrecortada.

Ah, diablos. Esto era malo. Esta era la razón por la que mi prometido había salido a cabalgar.

Podíamos no estar enamorados, podíamos no ser los amigos más cercanos, pero había algunas cosas de las que estaba segura sobre él.

Era una persona que nunca pondría en juego su lealtad hacia mi padre. Amaba el estatus que le otorgaba su rango y su compromiso con una princesa. Y odiaba al Guardián.

–Lo siento. –Intenté acercarme a él, pero hizo un gesto para que me apartara y pasó una mano por su cabello–. ¿Irás a la reunión?

–Soy el general de la legión de tu padre. ¿Qué crees?

¿Era tan difícil contestar solo que sí?

Quizás una vez que nos casáramos, dejaría de tratarme como una niña. Aunque considerando la diferencia de quince años entre nosotros dos, no tenía muchas esperanzas de que eso ocurriera.

Se frotó la barbilla con fuerza, un poco enfadado.

–Rézale a Carine para que mantenga la compostura.

Le rezaría a la diosa de la paz para que estuviera con nosotros todo el día.

–Tendré mi venganza –dijo, más para sí mismo que para mí, y el hombre frío y sereno que debía ser mi prometido se desvaneció. Su cuerpo entero parecía vibrar por la ira. Sus manos se cerraban y abrían a cada lado de su cuerpo, como si estuviera ansioso de sacar un cuchillo–. Te lo aseguro.

–Banner –le advertí–. Si el Guardián vino con los turanos, es porque mi padre lo invitó. No es el momento para hacer alguna locura. No puedes atacarlo mientras...

–¿Te piensas que no sé eso?

Retrocedí cuando me gritó en la cara. No era la primera vez que un hombre había proyectado su mal temperamento hacia mí. Tampoco sería la última. Y había aprendido que era más fácil rendirse que pelear.

–Lo siento.

–Soy consciente de que no puedo hacer nada más que quedarme parado a un lado y darles la bienvenida a estos *huéspedes* a nuestro reino. Que debo estar en la sala del trono de tu padre y conocer a las porquerías que destruyeron a mi familia. Merezco que me sirvan la

cabeza de ese bastardo en un plato, pero no puedo hacer nada. Nada. Sé muy bien qué momento es este, Odessa.

Me quedé quieta mientras pronunciaba mi nombre con ira.

–Vas a llegar tarde –dijo entre dientes.

–Está bien –asentí, bajando la mirada hacia sus botas pulidas.

Banner exhaló y recuperó la compostura. Luego pasó un dedo por mi barbilla y me levantó la cara hasta que nuestros ojos se encontraron. La ira en sus iris lentamente se desvanecía.

–Lo siento. Estoy frustrado.

–Es entendible.

–¿Quieres que te lleve de regreso? Puedo dejar la cabalgata para otro momento.

–No. –Le esboqué una suave sonrisa–. Ve. Caminaré.

Si estuviera en su lugar, creo que también querría despejar la cabeza.

¿Por qué mi papá lo obligaría a asistir a esta reunión? Él sabía que el Guardián había matado al hermano de Banner. Que habían peleado por una mujer en Turah y que esa pelea había terminado con su muerte. Cuando llegó la noticia sobre el asesinato de su hermano a Quentis, destruyó por completo a su madre, al punto que la mujer se quitó la vida el año pasado.

Al parecer, mi padre podía ser tan insensible con su amado general como lo era con su hija mayor.

–Te veo más tarde –dijo–. No llegues tarde, princesa.

Banner pasó un nudillo por mi cuello y regresó a su caballo. Se sentó en la montura y desapareció sin mirar las colinas onduladas y los campos extensos que rodeaban Roslo.

Esperé a que estuviera fuera de vista y luego, suspirando, empecé a caminar por el sendero que me llevaba hacia la entrada trasera del castillo. Desde allí podría escabullirme por una entrada lateral y subir la escalera a mi habitación en el tercer piso.

Mi habitación gris.

El cuarto de Mae era azul claro, el color perfecto para la novia virginal que pronto se casaría con un príncipe. Quien cumpliría su rol según el tratado comercial de Calandra que mantenía a los cinco reinos en paz.

Ella era el Gorrión.

Pero Mae estaba lejos de ser un ave dulce y delicada. No llegaría virgen a la noche de su boda. Era gracioso que los guardias nunca reportaran sus idas y venidas, no cuando se revolcaba con su capitán.

Miré sobre mi hombro hacia el acantilado y el océano que se extendía hacia el horizonte.

¿Qué había ahí afuera? Mae lo descubriría. Después de la boda, iría a Turah.

–Mocosa suertuda.

Nunca en la vida había estado celosa de ella. Era la hija favorita de papá. Cuando había llegado el momento de elegir al Gorrión, no fue ninguna sorpresa que eligiera a Mae. Ella era el orgullo y la alegría de Margot. Ella tenía una madre y yo tenía un fantasma. Aun así, nunca la envidié, ni una sola vez.

Hasta ahora.

Porque pronto se iría y descubriría el reino más allá de las puertas de Roslo y las costas de Quentis.

Iba a extrañar a mi media hermana. Desde el día que Margot la puso en mis brazos cuando yo tenía cinco, Mae había sido mía. Me peleaba por todo. Me molestaba sin parar. No era amable ni agradecida. Era un dolor de cabeza enorme, pero era mi hermana.

Iba a extrañarla.

Pero no podía esperar a que se fuera.

Quizás cuando su sombra se marchara, tendría algo de libertad. O quizás no. Tal vez los únicos momentos de paz que tendría el resto de mi vida estaban en este acantilado.

Fue entonces que una brisa sacudió mi cabello revuelto y me

metió un mechón en la boca. Lo escupí, pero no sin antes sentir el sabor amargo de la tintura castaña que Margot usaba todas las semanas en mí. Los rizos salvajes nunca se mantenían en la trenza, sin importar cuánto las criadas los retorcieran y tensaran. La única vez que cooperaba era cuando estaba mojado.

El océano me llamó. Me detuve y volteé.

¿Y si saltaba? ¿Alguien lo notaría?

No. Nadie lo notaría. Una sonrisa apareció en mi boca.

Empecé a correr hacia el acantilado. Mi vestido gris apagado se mecía detrás de mí mientras corría, cada vez más rápido, sacudiendo los brazos, impulsándome con todas las fuerzas con mis piernas. No pensé. No dudé. En un momento, mis pies estaban anclados a la tierra.

En el siguiente, estaba volando.